

Superimperialismo: ¿una nueva etapa del capitalismo? *

La expansión industrial de fines del siglo XIX y principios del XX —localizada principalmente en los países altamente desarrollados como Inglaterra, Alemania, Francia y los propios Estados Unidos—, dio lugar a una vigorosa presencia de fenómenos económicos tales como la concentración de la producción, los monopolios y, a su vez, a la primacía de la exportación de capitales en relación a la de mercancías. Es decir, se confirmaba el tránsito de un régimen de libre competencia a la competencia monopolista. Es en este momento histórico, en el cual se localizan las principales aportaciones que habrían de conformar la teoría del imperialismo: desde Hobson, Hilferding, Rosa Luxemburgo, Kautsky y Bujarin hasta alcanzar su forma más acabada con la teoría leninista.

A sesenta años de distancia ha aparecido esta reciente obra del profesor Michael Hudson, que no dudaríamos en calificar como uno

de los intentos más serios de analizar el comportamiento, durante el presente siglo, del capitalismo imperialista de los Estados Unidos. Sin embargo, consideramos que algunas de las premisas de las que parte su copioso estudio pueden conducir a conclusiones erróneas en la concepción del capitalismo imperialista.

Por principio, conviene advertir que la teoría de Hudson respecto a la existencia de una nueva etapa del capitalismo: el super imperialismo, no coincide, en su totalidad, con la idea kautskyana del ultraimperialismo, en la medida en que esta última apuntaba la posibilidad de un común acuerdo entre los diversos países imperialistas para regular sus esferas de control económico, político y financiero. Lo que en realidad el autor plantea es el dominio universal de los Estados Unidos sobre el resto de los países capitalistas, dominio que se ejerce a través de un cambio cualitativo en la estrategia mundial

del imperialismo al suplantarse, como fuerza dominante, el capital financiero privado por el capital financiero gubernamental. *“El dilema de los Estados Unidos —afirma Hudson— estribaba en la contradicción entre el papel de usurero del mundo, que jugaba el gobierno norteamericano como una institución económica autónoma, y los intereses industriales domésticos... El gobierno de los Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial estableció así el precedente de que, a través del capitalismo financiero estatal internacional, manipularían la dirección del crecimiento del comercio mundial y, al mismo tiempo, el consumo de otras naciones”* (p. 44).

Creemos que una de las enormes contribuciones económico-políticas de la interpretación leninista a la teoría del imperialismo, lo constituye el concepto histórico de oligarquía y es ahí donde Hudson hace una seria omisión, en la medida en que plantea un supuesto divorcio, en términos de intereses de clase, entre el capital financiero estatal y el capital financiero privado. Este divorcio implicaría aceptar que el estado norteamericano tiene intereses diferentes o incluso opuestos a las exigencias y necesidades de la us Steel Corporation, de la General Motors, de la Shell, de la IRT, etcétera, desvinculando, equivocadamente, a la oligarquía del poder político y por ende del estado. Aunque esta unión no es monolítica, en última instancia —contrariamente a la opinión

del profesor Hudson—, todo el aparato estatal norteamericano, y por consecuencia el grueso de su política económica, están orientados y dictaminados por los intereses de los consorcios oligárquicos.

Nuestra anterior argumentación, no descarta el reconocimiento al valioso análisis que Hudson hace en cuanto al gran poder desarrollado por el capital financiero estatal en su papel generador de la hegemonía norteamericana. Es en este aspecto en donde el libro alcanza el mayor de sus méritos al describir con gran nitidez y un amplio conocimiento del tema en cuestión, toda la política financiera de los Estados Unidos a partir de la Primera Guerra Mundial. El suministro de materiales bélicos a los países aliados europeos y, más tarde los préstamos de reconstrucción, abrirían las puertas al dominio de la economía norteamericana en el concierto mundial del capitalismo convirtiéndose en el principal acreedor y relegando a un segundo plano a los imperios británico, alemán y francés. A su vez, Hudson hace un completo análisis de organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en su principal papel de financiar las exportaciones norteamericanas de bienes de capital y servicios hacia los países menos desarrollados o hacia los propios países europeos nuevamente con motivo de la reconstrucción llevada a cabo después de la Segunda Guerra Mundial. Así tam-

* Michael Hudson, SUPER IMPERIALISMO. LA ESTRATEGIA ECONÓMICA DEL IMPERIO NORTEAMERICANO. Editorial Dopesa. Barcelona, España, 1973, 285 pp.

bién, el profesor Hudson hace una notable descripción respecto al cambio que, provocado principalmente por la guerra del sudeste asiático, se generaría en el papel de los Estados Unidos como el gran acreedor mundial de años anteriores al más grande deudor después de la guerra de Vietnam, obligando a las principales naciones a establecer revaluaciones monetarias en relación al dólar: 14% el yen japonés, 11.9% el marco alemán, 10.4% el franco belga y el florín holandés, 7.9% la libra esterlina y el franco francés, 7% la lira italiana y el dólar del Canadá 8%.

No obstante, la principal falla que encontramos se refiere a que

el autor deja implícita una segunda idea de que si en un futuro se manifestara el dominio financiero estatal de otro país imperialista —que puede ser europeo o el Japón—, esto podría dar como resultado la aparición de otra nueva etapa del imperialismo financiero capitalista ¿será el super-superimperialismo?, o más bien convendría recordar a Lenin, cuando al abordar el ultraimperialismo kautskyano se preguntaba a sí mismo si no se trataría de un ultradisparate. De esta manera, cuando Hudson sugiere la posibilidad de otra «nueva fase» del imperialismo ¿no estaremos ante un doble disparate?

ISAAC PALACIOS SOLANO.